

En busca de un método

¿CÓMO?

¿Qué es lo que los educadores reclaman con esa pregunta? ¿Un verdadero método educativo? ¿Una colección de frases y de fórmulas que les saquen de apuros en el momento oportuno?... ¿Un "écheme usted las dos manos" para evitar una situación enojosa y descargar la responsabilidad sobre segundas o terceras personas?

A primera vista, y supuesta nuestra manera de entender la educación sexual, esa pregunta resulta tan poco consecuente como el aguardar a que el niño nazca para preguntarse después con enorme perplejidad: "Esto ya está. ¿Y ahora qué hay que hacer?"

Por otra parte, todas esas preguntas, todos esos "CÓMO" se plantean, casi siempre, en relación con aquello que la educación sexual tiene de meramente informativo. Se piden respuestas; se hacen consultas para encontrar mejores respuestas; casi nunca se piden orientaciones para crear actitudes y capacitar —lentamente— a la propia persona del educador para dar respuestas personales.

El niño plantea sus preguntas de repente, con inoportunidad, y el educador cae en la cuenta de que las respuestas no deben hacerse esperar. Por eso este género de consultas tiene casi siempre el aire de una emergencia.

¡Hay que salir del paso!

Planteando las cosas desde un punto de vista más profundo, nunca será honesto entregarle al educador un método detallado que le facilite el diálogo con el niño. La facilidad en este caso, no debe derivar de la estructura del diálogo sino de la relación que se cree entre ambos interlocutores: una relación de intimidad, inteligencia y confianza.

Tres presupuestos fundamentales

Antes que el método, importa la capacitación del educador que habrá de aplicarlo. Por eso, los tres postulados básicos para que el educador se sitúe con sensatez ante su cometido, podrían ser los siguientes:

1. - Clarificación personal del educador acerca de lo que significa SEXUALIDAD y de lo que, en consecuencia, supone la EDUCACIÓN SEXUAL en general. Sus objetivos claros.
2. - Conocimiento de la personalidad sexual del niño; de su evolución genética y diferencial; líneas del desarrollo de la personalidad del niño; cuadros de valores socio-culturales, éticos y religiosos, en los que el niño ha de moverse y en los que irá realizando, etapa por etapa, su maduración personal.
3. - Adquisición de un método válido y eficaz, adecuado a las exigencias, a las posibilidades y a las responsabilidades subjetivas del niño en período de maduración.

Del primer punto hemos hablado al estudiar el concepto general de educación sexual. El segundo punto será tratado en el siguiente número de PM sobre problemática específica de la educación sexual. Vamos, por tanto, a hacer algunas reflexiones sobre el tercero.

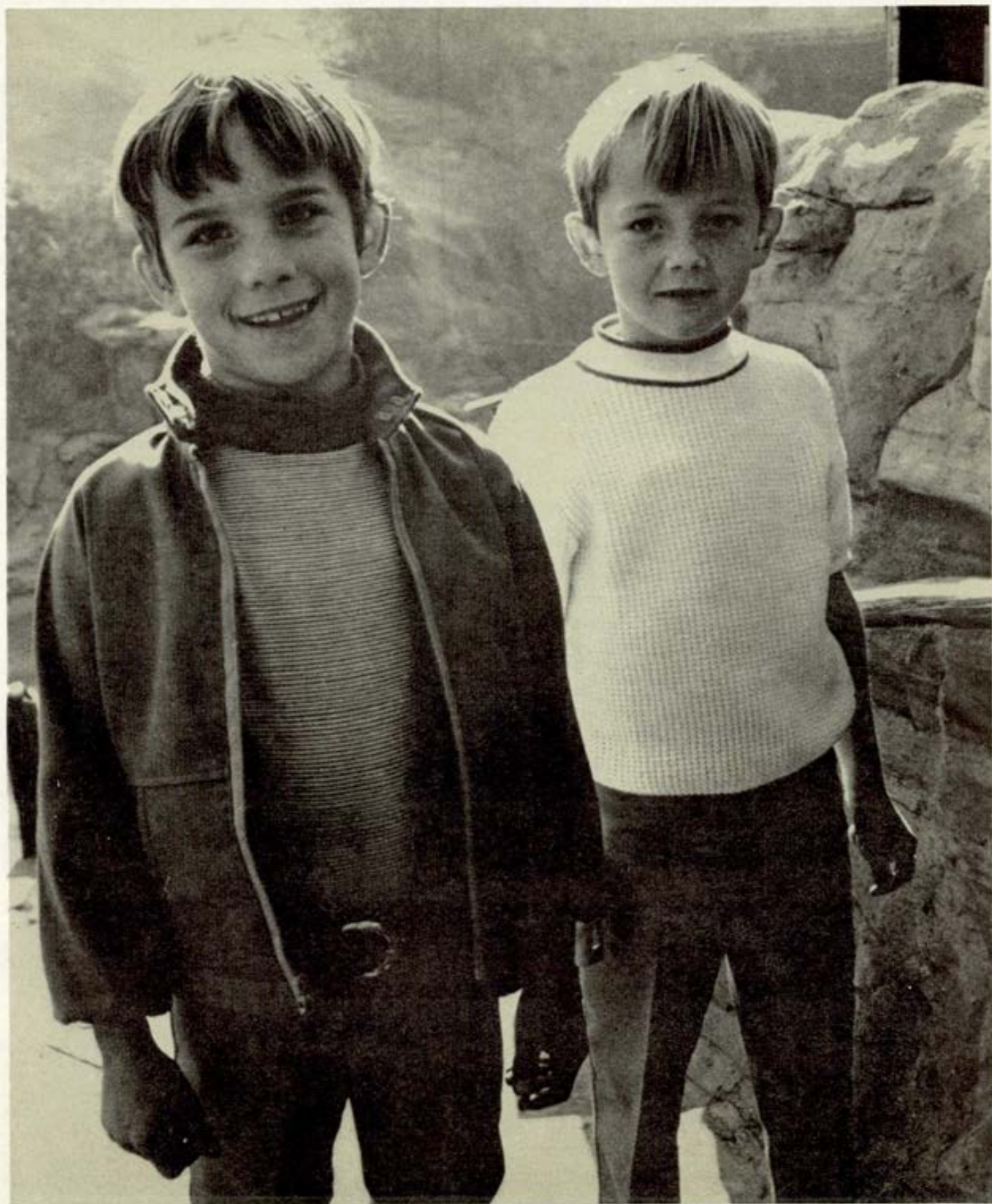
A)

El método, ya lo hemos dicho, supone ante todo, un educador educado, maduro para impartirlo. Ahí radica el secreto de su éxito.

En el caso de la educación sexual, la personalidad del educador es un factor de primer orden dada la serie de implicaciones afectivas, transferencias, resonancias de tono diverso (ético, psicológico, cultural...) a que ese contacto, educador-educando, dará seguramente lugar.

Ahora bien, supuesto el retraso con que el tema de la educación sexual se ha planteado entre nosotros de una manera científica, no exclusivamente ascética o informativa, y dados los fuertes condicionamientos morales, culturales y psicológicos que conforman de algún modo nuestro inconsciente personal y colectivo, no son pocos

Para una buena educación sexual es preciso un conocimiento de la personalidad del niño, de su evolución genética y diferencial.



los psicólogos que al hablar de la preparación de educadores para esta tarea, creen necesaria no sólo una mejor preparación teórica de esos educadores sino un verdadero saneamiento de fondo por medio de la terapia de grupo u otros métodos de higiene psicológica básica.

B)

Un segundo presupuesto sería el conocimiento de los intereses sexuales del niño. Y en este caso nos referimos a intereses específicamente sexuales que van apareciendo en el curso de la evolución personal.

Estos intereses le dan al educador una orientación inmediata acerca de lo que en un determinado momento de esa evolución se está planteando en la conciencia y en la sensibilidad del niño.

Puede que el niño pregunte o puede que el niño no pregunte; pero en uno u otro caso, el educador debe saber por dónde va el proceso del despertar para proceder gradualmente a su maduración.

Existen escalas de comportamiento y de intereses sexuales infantiles, hechas a base de observación directa sobre grupos de niños en diversas edades. Véase por ejemplo la escala de Gessell, incluida por el Dr. Berge en su libro "Educación sexual de la infancia" (Ed. Paideia) o el mismo libro de Gessell "El niño de cinco a diez años" (Paideia).

Son numerosos los autores que han planificado programas "completos" de educación sexual (en concreto sobre métodos de información) teniendo en cuenta ésta y otras escalas semejantes de intereses y comportamiento sexual de los niños.

Algunos títulos:

"Nuestros hijos ante lo sexual". M^o Teresa Van Eeckout (Ed. Studium).

"Educación sexual. Manual práctico". E. Rosenvasser y Luis Parrilla (Ed. Médica Panamericana. Buenos Aires); incluye un programa completo, por edades.

"Una auténtica educación sexual". Le Moal (Ed. Marfil).

"La educación sexual de nuestros hijos" (I). "La educación sexual de nuestras hijas" (II). Bernarda Delarge. (Ed. Studium).

La aplicabilidad de estos programas ha de juzgarla, en cada cosa, el propio educador.

C)

Un problema de lenguaje

Un problema de lenguaje.

Este es, sin duda, el punto álgido de muchas preocupaciones y muchas perplejidades por parte de los padres y educadores: "¿cómo se lo digo?".

En estos últimos años, han llovido sobre el mercado numerosas publicaciones hechas a medida de ese interrogante; publicaciones que intentan dar con un lenguaje a la vez científico y digerible, sincero y prudente, y que salen al paso de las preocupaciones del educador con un "nosotros hablaremos por usted; no tiene usted que molestarle en encontrar un lenguaje personal para responder".

No se puede negar que este tipo de libros proporciona, cuando menos, ciertas pistas de lenguaje para despertar la inspiración del educador. En eso consistiría su verdadero mérito, porque las fórmulas fijas apenas tienen utilidad en un diálogo que, como éste, supuesto que los que dialogan son padres e hijos, ha de contar con la fluidez y con los imprevistos del ambiente y la tonalidad afectiva en que se desarrolle.

He aquí algunos títulos:

"¿De dónde vienen los niños?". K. Seelman (Ed. Plaza-Janés).

"¿Cómo se lo digo?". J. Stahl. 2 tomos (Ed. Paulinas).

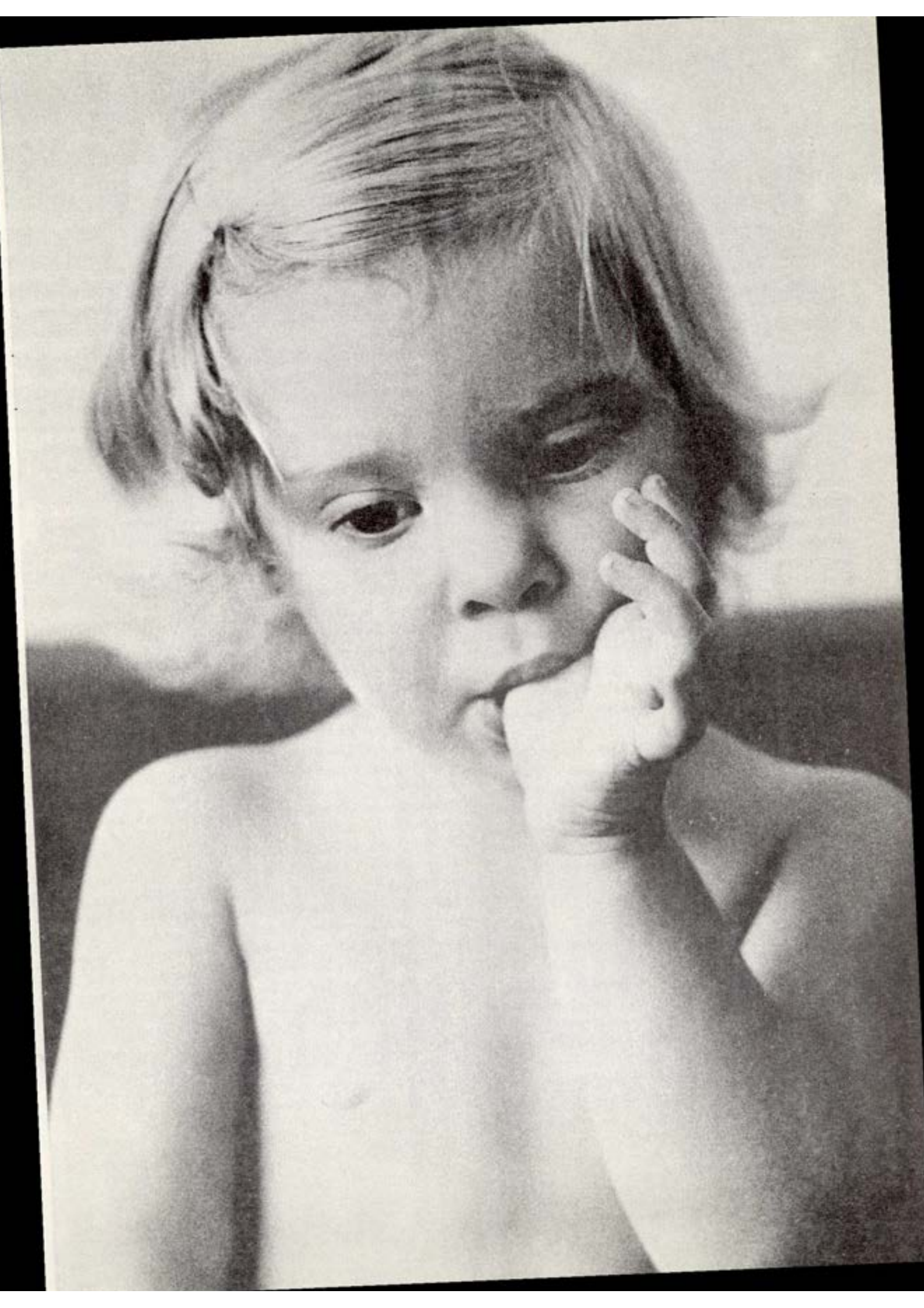
"Papá, ¿cómo nace un niño?". F. Boix (Ed. Nova Terra).

"Nacer. La verdad para los niños". Mari-Claude Monchaux (Ed. Novalar).

"Cómo nace una familia". A. Castaño y J. R. Sánchez. (Ed. Fontanella).

"La iniciación de los niños en la vida". Ángel del Hogar. (Ed. Desclée Brower).

Esta bibliografía la incluimos a modo de referencia, sin juzgarla y sin ánimo de dar una bibliografía completa.



D)

Una tabla de normas generales

Los principios generales por los que ha de regirse una buena "información" sexual irán en esta línea:

- La verdad como norma.
- Entre decir brutalmente la verdad y decir sencillamente la verdad, están todos los matices diferenciales de la buena pedagogía: oportunidad, sensatez, competencia, amor...
- Cuando el niño no es capaz de comprender de golpe toda la verdad, la verdad completa es inútil. Dar respuestas a medida de sus preguntas. El niño sólo asimila aquello que llega a integrar afectivamente (Dr. Berge).
- Cuando el niño no hace preguntas sobre cuestiones relacionadas con el sexo, a la edad en que es normal que los niños las hagan, el educador debe empezar por preguntarse a sí mismo las razones (¿hemos facilitado la posibilidad de que las preguntas surjan?...).
- Cuando se ha mantenido el silencio como norma, y una vez que el niño ha entrado en la pubertad, la educación sexual no puede depender de una repentina decisión de los padres de comenzar... a menos que ese comienzo signifique un disponerse a comprender y aceptar... y no una decisión de inmiscuirse, por derecho, en la intimidad del adolescente; intimidad cuyos ives y venires han ocurrido en un hondo, sensible, extraño silencio...
- Es necesario el acuerdo entre lo que dice el padre y lo que dice la madre; entre lo que el niño oye en casa y lo que el niño oye a los educadores del colegio...
Cuando la educación sexual se plantea a nivel colegial, el colegio debe conocer de antemano la actitud de los padres. Las contradicciones y las tensiones, en este caso, son siempre funestas. Necesidad de acuerdo y colaboración.
- No escandalizarse. No aplicar un precipitado juicio moral ni a lo que el niño dice ni a lo que el niño hace. Las manifestaciones del instinto son, en los niños, anteriores al despertar de la conciencia. Las manifestaciones sexuales son, con frecuencia, síntomas de una situación más profunda de la persona. Lo que importa no es el síntoma, sino la persona.
- No denigrar, no rebajar la categoría humana de la sexualidad.

- Educar el pudor. No provocar la vergüenza.
- Educar el sentido moral de una manera progresiva y positiva. Los complejos de culpabilidad obstaculizan el verdadero desarrollo del sentido moral de la persona.
- Tener siempre en cuenta que para el niño tiene más importancia lo que ve y lo que vive, que lo que oye. La figura del padre, de la madre, del educador... la identificación con el modelo masculino o femenino del propio sexo, la asimilación de formas de conducta que derivan de esos modelos, le ayudarán de manera eficaz a superar las crisis de su evolución.
- Educar en el niño el sentido de la realidad. La sexualidad nunca deberá convertirse en el dominio del ensueño y de las fugas imaginativas, ni tampoco en un mecanismo de compensación contra los sentimientos de inferioridad o de carencia con que el niño se tropieza en la realidad.
- Educar al niño, poco a poco, en las dimensiones sociales de la sexualidad.
- Tener en cuenta que hay un momento en el que al niño deja de importarle el "de dónde viene" para interesarse, sobre todo, por el "a dónde va".

Estas pueden ser las directrices de una metodología general. Pero aún queda algo importante.

Creemos que la función del educador no puede consistir en imponer a los otros, abierta o disimuladamente, las soluciones que él haya podido encontrar a sus propios problemas sexuales.

El primer esfuerzo que tiene que hacer es un esfuerzo sobre sí mismo para hacerse capaz de aceptar al otro tal como es; aceptación que no es solamente la condición de la eficacia sino el fundamento de lo que se ha podido llamar "higiene afectiva del educador".

Esta actitud del educador, ayudará al niño, al adolescente, a no huir la reflexión acerca de lo que le ocurre, a hablar de ello, porque el diálogo le permite no solamente clarificar sus problemas sino tomar conciencia de las posibilidades que tiene en sí mismo para resolverlos.

"No somos nosotros quien tiene que resolver los problemas de los otros; a lo sumo, lo que nosotros podemos hacer es ayudarles a encontrar, dentro de sí, la solución."

No debe aplicarse un precipitado juicio moral ni a lo que el niño dice, ni a lo que el niño hace.

